

D. H. Lawrence

El amante
de Lady Chatterley

Traducción de
Francisco Torres Oliver

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Lady Charterley's Lover*

Primera edición: 2001

Tercera edición: 2022

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsuarez.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Francisco Torres Oliver, 2001

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2001, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-845-5

Depósito legal: M. 7.581-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Nota del editor

En octubre de 1926, D. H. Lawrence da comienzo en Florencia a su última novela, *El amante de Lady Chatterley*, acabando la primera versión en febrero de 1927. En abril redacta una segunda versión que finaliza antes del verano de ese mismo año. A finales de 1927 y comienzos de 1928 escribe una tercera versión que considera definitiva. Entrega el manuscrito al impresor florentino Orioli y el 24 de mayo de 1928 se acaba de imprimir el libro. En julio comienzan a enviarse por correo los primeros ejemplares de una tirada de un millar. Orioli publicó después, ese mismo año, una segunda edición de doscientos ejemplares.

Al poco tiempo salieron a la luz ediciones piratas de la novela en Estados Unidos y en Francia. Para acabar con esta situación, Lawrence publica una edición popular completa en París en mayo de 1929. En 1932, dos años después de la muerte del autor, Alfred A. Knopf, de Nueva York, y Martin Secker, de Londres, publicaron una versión expurgada, versión que desde entonces se ha reeditado ampliamente en ediciones baratas.

La tercera versión de *El amante de Lady Chatterley*, es decir, la definitiva, se editó en Estados Unidos en 1959 y en Gran Bretaña en 1960, tras sendas decisiones judiciales que autorizaron la publicación íntegra de la novela, hasta entonces prohibida por ser considerada oficialmente como obscena.

La presente edición castellana es traducción de la tercera versión íntegra publicada con carácter definitivo en Florencia, 1928.

La nuestra es una época esencialmente trágica; por eso nos negamos a tomarla trágicamente. El cataclismo ha ocurrido. Nos encontramos entre ruinas, y empezamos a construir de nuevo, a tener de nuevo pequeños hábitos, pequeñas esperanzas. Es una tarea ardua: ahora ya no hay un camino fácil hacia el futuro; tenemos que sortear o saltar por encima de los obstáculos. Tenemos que vivir, por muchos cielos que se hayan derrumbado.

Ésta era, más o menos, la actitud de Constance Chatterley. La guerra había derrumbado el techo sobre su cabeza. Y se había dado cuenta de que había que vivir y aprender.

Se había casado con Clifford Chatterley en 1919, cuando éste volvió a casa con un mes de permiso. Gozaron de una luna de miel de un mes. Luego él regresó a Flandes para que le mandaran a Inglaterra seis meses después hecho trozos más o menos. Constance, su esposa, tenía entonces veintitrés años, y él veintinueve.

Su manera de aferrarse a la vida fue maravillosa. No murió, y los trozos, al parecer, volvieron a unirse unos a otros. Durante dos años permaneció en manos del médico. Luego le dijeron que estaba curado, y pudo retornar de nuevo a la vida, con la mitad infe-

rior de su cuerpo, de caderas para abajo, paralizada para siempre.

Esto fue en 1920. Clifford y Constance regresaron a casa, Wragby Hall, la «mansión» familiar. Su padre había muerto, Clifford era ahora baronet, sir Clifford, y Constance era lady Chatterley. Inauguraron su vida de casados en el hogar, un tanto desolado, de los Chatterley, con unos ingresos más bien insuficientes. Clifford tenía una hermana, pero ésta se había marchado. No tenía otros parientes cercanos. El hermano mayor había muerto en la guerra. Tullido para siempre, consciente de que jamás podría tener hijos, Clifford regresó a las humeantes Midlands para mantener vivo el nombre de los Chatterley mientras pudiera.

No estaba abatido. Tenía una silla de ruedas normal y otra con un pequeño motor acoplado, con la que podía recorrer despacio el jardín y el hermoso y melancólico parque, del que se sentía realmente orgulloso, aunque fingía no darle importancia.

Tras haber sufrido tanto, había perdido, hasta cierto punto, la capacidad de sufrir. Seguía siendo extraño, brillante y alegre, casi animado podría decirse, con su cara colorada y saludable, y sus vivos ojos azul pálido. Tenía los hombros anchos y fuertes, las manos muy robustas. Vestía lujosamente, con espléndidas corbatas de Bond Street. Sin embargo, en su rostro se adivinaba la expresión alerta, el aire ligeramente vacío del tullido.

Había estado tan cerca de perder la vida, que la que ahora tenía le resultaba inestimable. Se notaba en el ansioso fulgor de sus ojos lo orgulloso que se sentía, una vez superada la enorme conmoción, de estar vivo. Pero había sufrido tanto daño que algo murió

dentro de él, había perdido algunos de sus sentimientos. Tenía un vacío de insensibilidad.

Constance, su esposa, era una joven sonrosada, de aspecto campesino, suave cabello castaño, cuerpo vigoroso y lentos movimientos llenos de inusitada energía. Tenía unos ojos grandes, asombrados y una voz muy dulce, y parecía que acababa de llegar de su pueblo natal. Pero no era así en absoluto. Su padre, en otro tiempo famoso académico, era el viejo sir Malcolm Reid. Su madre había sido miembro culto de la Sociedad Fabiana en los triunfales tiempos prerrafaelistas. Entre artistas y socialistas cultos, Constance y su hermana Hilda habían tenido lo que podía llamarse una formación estética excepcional. Las había llevado a París, Florencia y Roma para que respirasen el arte, y luego a La Haya y Berlín, a los grandes congresos socialistas, donde los oradores hablaban en todas las lenguas civilizadas, y nadie se mostraba desconcertado.

Así que las dos jóvenes nunca se sintieron intimidadas lo más mínimo por el arte ni por los ideales políticos. Era su elemento natural. Eran a la vez cosmopolitas y provincianas, con el provincianismo cosmopolita del arte que se alía a los puros ideales sociales.

Las enviaron a Dresde a la edad de quince años, para estudiar música, entre otras cosas. Y lo pasaron muy bien allí. Vivieron libremente entre los estudiantes, discutieron con los hombres sobre cuestiones filosóficas, sociológicas y artísticas, para las que estaban tan capacitadas como ellos; o más, puesto que eran mujeres. Y vagaron por los bosques con jóvenes robustos y sus guitarras, ¡tlang, tlang!, y cantaron los cantos del Wandervogel, y se sintieron libres. ¡Libres! Ésa era la gran palabra. En el anchuroso mundo, en

los bosques matinales, con jóvenes y vigorosos compañeros de espléndida garganta, fueron todo lo libres que quisieron, sobre todo para decir lo que querían. Lo que importaba por encima de todo era la conversación: el apasionado intercambio de la conversación. El amor tan sólo era un acompañamiento secundario.

Tanto Hilda como Constance tuvieron sus primeros escauceos amorosos a los dieciocho años. Los jóvenes con quienes conversaban tan apasionadamente y cantaban con tanta vehemencia y acampaban bajo los árboles con tanta libertad querían, como es natural, el contacto amoroso. Las jóvenes vacilaban, pero todo el mundo hablaba de eso, y se le daba mucha importancia. Además, los hombres se mostraban tan humildes y ardientes. ¿Por qué no podía una joven ser generosa, y conceder el regalo de sí misma?

Así que lo hicieron, concediéndoselo cada una al joven con el que había sostenido las más sutiles e íntimas discusiones. Los debates, las discusiones, eran lo más importante: el amor, la relación carnal era sólo una especie de retroceso primitivo un tanto decepcionante. Después, una estaba menos enamorada del muchacho, y se sentía un poco inclinada a odiarle; como si hubiese trasgredido la intimidad y la libertad interior. Porque, naturalmente siendo chica, toda la dignidad y sentido de la vida estaban en la realización de la absoluta, perfecta, pura y noble libertad. ¿Qué otro sentido tenía la vida de una joven, sino el de sacudirse las viejas y sórdidas relaciones y sujeciones? Y aunque se la cargase de sentimentalismo, la cuestión sexual era una de las más antiguas y sórdidas relaciones y sujeciones. Los poetas que la glorificaban eran hombres en su mayor parte. Las mujeres habían sabi-

do siempre que existe algo que es mejor, más elevado. Y ahora lo sabían más claramente que nunca. La hermosa y pura libertad de una mujer era infinitamente más maravillosa que cualquier amor sexual. La pena era que los hombres se quedaban en esta materia muy retrasados respecto de las mujeres. Insistían en lo sexual como los perros.

Y la mujer tenía que ceder. El hombre era como un niño con sus apetitos. La mujer tenía que consentirle lo que él quería; de lo contrario, como los niños, se volvía desagradable, se alejaba enfadado y echaba a perder lo que era una grata relación. Pero la mujer podía rendirse a un hombre sin rendir su yo íntimo y libre. Eso, los poetas y disertadores del sexo no parecían haberlo tenido demasiado en cuenta. Una mujer podía tomar a un hombre sin entregarse en realidad. Desde luego, podía ceder sin entregarse a su poder. Antes bien, podía utilizar este asunto del sexo para ejercer su poder sobre él. Pues no tenía más que contenerse en el acto sexual, y dejarle que terminase y se agotase sin llegar ella a la crisis; luego podía prolongar el acto y alcanzar su orgasmo y su crisis utilizándole a él como un mero instrumento.

Las dos hermanas habían tenido ya sus experiencias amorosas cuando estalló la guerra y las obligaron a regresar a casa apresuradamente. Ninguna de las dos se había enamorado de un joven a menos que hubiese buena comunicación verbal: o sea, a menos que los dos se hubieran sentido profundamente interesados HABLÁNDOSE. La asombrosa, la honda, la increíble emoción consistía en conversar apasionadamente con algún joven en verdad inteligente, hora tras hora, y reanudar esa conversación día tras día du-

rante meses..., ¡de esto no se habían dado cuenta hasta que sucedió! Jamás se formuló la promesa paradisiaca: ¡Tendrás hombres con quienes hablar! Antes de que se diesen cuenta de lo maravillosa que era la promesa, se había cumplido ya.

Y si después de surgir la intimidad con estas discusiones vivas y animadas se hacía más o menos inevitable el acto sexual, entonces accedían. Ello marcaba el fin de un capítulo. Tenía su propia emoción también: era una emoción extraña, vibrante, dentro del cuerpo, un espasmo final de autoafirmación, como la última palabra, excitante y muy parecida a la fila de asteriscos que se pone para indicar el fin de un párrafo y un cambio de tema.

Cuando las jóvenes volvieron a casa de vacaciones en el verano de 1913 –Hilda tenía veinte años y Connie dieciocho–, su padre se dio cuenta en seguida de que habían tenido experiencias amorosas.

L'amour avit passé par là, como ha dicho alguien. Pero era un hombre de mundo, y dejaba que la vida tomara su rumbo. En cuanto a la madre, enferma de los nervios durante los últimos meses de su vida, sólo quería que sus niñas fuesen «libres» y que se «realizaran plenamente». Ella no había podido ser completamente sí misma: le había sido denegado. Sabe Dios la razón, porque era una mujer que tenía sus propios ingresos y la habilidad para imponer su propia voluntad. Le echaba la culpa a su marido. Pero, en realidad, se debía a una antigua huella de autoridad en su mente de la que no había podido librarse. No tenía nada que ver con sir Malcolm, que dejaba que su esposa, nerviosamente hostil y animosa, gobernase y dispusiera las cosas como gustase, mientras él vivía su vida.

Así que las jóvenes fueron «libres», y volvieron a Dresde, a su música, a la universidad y a los jóvenes. Amaban a sus respectivos galanes, y ellos las amaban con toda la pasión de la atracción intelectual. Todas las cosas maravillosas que los jóvenes pensaban y expresaban y escribían, las pensaban y expresaban y escribían para las muchachas. El galán de Connie era músico, y el de Hilda técnico. Pero ambos vivían en realidad para sus amadas. Por lo menos, en sus mentes y en sus emociones mentales. Fuera de eso, eran desdeñados un poco, aunque ellos no lo sabían.

Era evidente también que el amor, es decir, la experiencia física, había calado en ellos. Es curiosa la sutil pero inequívoca transmutación que se opera tanto en el cuerpo de los hombres como en el de las mujeres; la mujer se vuelve más rozagante, más sutilmente redondeada, se suavizan sus ángulos juveniles, y adquiere una expresión ansiosa o triunfante; el hombre se vuelve mucho más sereno, más ensimismado, y la forma de sus hombros y sus nalgas se hace menos angulosa, más indecisa.

Con la exaltación sexual en el cuerpo, las hermanas casi sucumbieron al extraño poder masculino. Pero se sobrepusieron rápidamente, tomaron la emoción sexual como una emoción más, y siguieron siendo libres. En cambio los hombres, agradecidos a la mujer por la experiencia sexual, dejaron que su alma volase hacia la de ellas. Después parecía como si hubiesen perdido un chelín y acabaran de encontrar seis peniques. El compañero de Connie se volvía un poco huraño, y el de Hilda un poco burlón. ¡Pero así son los hombres! Desagradecidos y nunca satisfechos. Si no los complaces, te odian porque no consientes; y cuan-

do les complaces, te odian por cualquier otro motivo. O sin ningún motivo, salvo el de que son niños descontentadizos, y nada les satisface, hagas lo que hagas.

Pero llegó la guerra, Hilda y Connie volvieron a casa precipitadamente, después de haber estado ya en el mes de mayo, con motivo del funeral de su madre. Antes de las Navidades de 1914, sus jóvenes galanes alemanes habían muerto; y las hermanas lloraron, y amaron a los jóvenes apasionadamente, aunque después los olvidaron, y dejaron de existir para ellas.

Las dos hermanas vivían en casa del padre –de la madre en realidad– en Kensington, y se mezclaron con un grupo joven de Cambridge que propugnaba la «libertad» y los pantalones de franela, las camisas de cuello abierto, una especie de anarquía emocional culta, una forma de hablar susurrante y apagada y modales ultrasensibles. Hilda, sin embargo, se casó inesperadamente con un hombre que era diez años mayor que ella, y uno de los miembros de más edad de dicho grupo de Cambridge, hombre de bastante dinero, con un cómodo cargo familiar en el Gobierno, que también escribía ensayos filosóficos. Hilda vivía con él en una casita en Westminster, y se desenvolvían en esa esfera de buena sociedad del Gobierno que, sin ser la más destacada, constituye o podría constituir el verdadero poder intelectual de la nación: gentes que saben lo que dicen, o hablan como si lo supiesen.

Connie realizó algunas tareas de guerra no muy penosas, y estuvo saliendo con los intransigentes del pantalón de franela de Cambridge, que se burlaban amablemente de todo. Su «amigo» era Clifford Chatter-

ley, un joven de veintidós años que había regresado precipitadamente de Bonn, donde había estado estudiando los aspectos técnicos de la minería. Previamente, había pasado dos años en Cambridge. Ahora se había convertido en teniente primero de un flamante regimiento, de modo que, de uniforme, podía burlarse de todo con más elegancia.

Clifford Chatterley era de una categoría social más elevada que Connie. Connie pertenecía a la clase intelectual acomodada, él a la aristocracia. No a la más alta, pero aristocracia al fin y al cabo. Su padre tenía el título de baronet, y su madre era hija de un vizconde.

Pero Clifford, aunque educado en mejor ambiente que Connie, y más metido en la «sociedad», era a su manera más provinciano y más tímido. Se sentía a gusto en el estrecho «gran mundo», es decir, en el seno de la sociedad aristocrática terrateniente, y se mostraba retraído y nervioso en ese otro gran mundo formado por las enormes hordas de las clases media y baja, y los extranjeros. A decir verdad, le asustaba un poco la humanidad de la clase media y baja, y los extranjeros que no eran de su propia clase social. Se daba cuenta, de manera paralizadora, de su propia indefensión, aunque poseía todas las defensas que proporciona el privilegio. Fenómeno que resulta curioso, pero que es corriente hoy en día.

Así que le cautivó la rara y mansa seguridad de una joven como Constance Reid. Era mucho más dueña de sí que él en el caótico mundo exterior.

Sin embargo, él también era un rebelde: se rebelaba incluso contra su clase. O quizá rebelarse sea un término demasiado fuerte, exageradamente fuerte. Tan sólo se había visto envuelto en el rechazo general

y popular de los jóvenes contra los convencionalismos y contra cualquier clase de autoridad verdadera. Los padres eran ridículos: el suyo, obstinado, lo era sobremanera. Y los gobiernos eran ridículos: especialmente el nuestro, que era de los de «esperar a ver». Y los ejércitos eran ridículos, los generales chapados a la antigua por completo, sobre todo Kitchener, el de la cara colorada. Incluso la guerra era ridícula, aunque moría un montón de gente.

En realidad, todo era un poco ridículo, o muy ridículo: desde luego, todo lo relacionado con la autoridad, ya se tratase del ejército o del gobierno o de las universidades, era ridículo en cierto modo. Y en la medida en que la clase gobernante mostraba alguna pretensión de gobernar, era ridícula también. Sir Geoffrey, el padre de Clifford, era enormemente ridículo talando sus árboles y sacando a los hombres de su mina para lanzarlos a la guerra; y por sí mismo, con su lealtad y su patriotismo; y también, al gastar en su país más dinero del que ganaba.

Cuando la señorita Chatterley –Emma– dejó las Midlands y se fue a Londres para ocupar un puesto de enfermera, se burló discretamente de sir Geoffrey y su decidido patriotismo. Herbert, el hermano mayor y heredero, se rió abiertamente, aunque eran sus árboles los que caían para hacer trincheras. Clifford se limitó a sonreír inquieto. Todo era ridículo, desde luego. Pero ¿y cuando le tocaba a uno muy de cerca y se volvía ridículo también...? Al menos las gentes de clase diferente, como Connie, eran serias a veces. Creían en algo.

Eran serias con respecto a los soldados y a la amenaza de reclutamiento, a la escasez de azúcar y de

melcocha para los niños. De todas estas cosas, naturalmente, las autoridades eran ridículamente culpables. Pero Clifford no podía tomárselo a pecho. Para él, las autoridades eran ridículas *ab ovo*, no por la melcocha ni por los soldados.

Y las autoridades se sentían ridículas y se comportaban de manera ridícula, y no se hicieron más que disparates durante algún tiempo. Hasta que evolucionaron los acontecimientos y vino Lloyd George a salvar la situación. Esto rebasó incluso los límites del ridículo, y los jóvenes petulantes dejaron de reírse.

En 1916 mataron a Herbert Chatterley, de modo que Clifford se convirtió en el heredero. Hasta esto le aterró. Su importancia como hijo de sir Geoffrey y vástago de Wragby estaba tan arraigada en él que jamás consiguió liberarse de ella. Y, sin embargo, comprendía que también esto era ridículo a los ojos del inmenso e hirviente mundo. Ahora era heredero y responsable de Wragby. ¿No era esto terrible? ¿Y espléndido también, y al mismo tiempo, quizá, absolutamente absurdo?

Para sir Geoffrey no había nada absurdo. Era pálido y tenso, concentrado en sí mismo, y obstinadamente decidido a salvar a su país y su propia posición, con Lloyd George o con quien fuese. Tan desconectado, tan separado estaba de la Inglaterra que era realmente Inglaterra y tan totalmente inepto era, que pensaba bien hasta de Horatio Bottomley. Sir Geoffrey respaldó a Inglaterra y Lloyd George como sus antepasados respaldaron a Inglaterra y san Jorge; y nunca pensó que hubiese ninguna diferencia. Así que sir Geoffrey talaba los árboles en nombre de Lloyd George y de Inglaterra, de Inglaterra y de Lloyd George.

Y quiso que Clifford se casase y tuviese un heredero. Clifford consideraba a su padre un anacronismo sin remedio. Pero ¿en qué le aventajaba él, si no en un doloroso sentido del ridículo respecto de todo, y en la suprema ridiculez de su propia posición? Pues de grado o por fuerza, había tomado su baronía y Wragby con la más extrema seriedad.

La guerra había perdido su alegre animación..., había muerto. Demasiada muerte y demasiado horror. Un hombre necesitaba sostén y consuelo. Un hombre necesitaba anclar en un mundo seguro. Un hombre necesitaba una esposa.

Los Chatterley, dos hermanos y una hermana, habían vivido singularmente aislados, aislados en Wragby, a pesar de todas sus relaciones. La conciencia de este aislamiento intensificaba el vínculo familiar: la conciencia de la debilidad de su posición, de la indefensión, a pesar del título y las tierras, o quizá a causa de ello. Estaban separados de aquellas Midlands industriales en las que habían pasado sus vidas. Y estaban separados de su propia clase social por la hosca, obstinada, taciturna naturaleza del padre, sir Geoffrey, a quien ellos ridiculizaban, pero al que tenían tanto afecto.

Los tres habían hecho promesa de vivir siempre juntos. Pero ahora Herbert había muerto, y sir Geoffrey quería que Clifford se casase. Sir Geoffrey apenas aludía al tema: hablaba muy poco. Pero su muda, concentrada insistencia de que debía ser así se hacía demasiado patente para que Clifford se opusiera.

¡Pero Emma dijo que no! Tenía diez años más que Clifford, y consideraba que el casarse él suponía una desertión y una traición a lo que los jóvenes de la familia habían defendido.

Clifford se casó con Connie, sin embargo, y pasó un mes de luna de miel con ella. Fue en el terrible año de 1917, e intimaron como dos personas que se encuentran en un barco a punto de hundirse. Él fue virgen al matrimonio; para él la cuestión sexual no significaba mucho. Estaban muy unidos los dos sin necesidad de eso. Y Connie se embriagaba un poco con esta intimidad que estaba por encima del sexo, y por encima de la «satisfacción» del macho. De todas maneras, Clifford no ansiaba su «satisfacción», como suele ser el caso de muchos hombres. No; la intimidad era más profunda, más personal que todo eso. Y el sexo suponía meramente un accidente, o una añadidura, uno de esos raros procesos anticuados y orgánicos que persistían en su propia zafiedad, aunque no fuesen verdaderamente necesarios. Pero Connie sí quería tener hijos: aunque no fuese más que para sentirse fuerte frente a su cuñada Emma.

Pero a principios de 1918 repatriaron a Clifford destrozado, y no hubo hijos. Y sir Geoffrey murió de disgusto.

Connie y Clifford regresaron a Wragby en el otoño de 1920. La señorita Chatterley, enfadada aún por la defecación de su hermano, se había marchado y vivía en un pequeño piso en Londres.

Wragby era un caserón largo, bajo, de oscura piedra, empezado a mediados del siglo XVIII, al que le fueron añadiendo partes hasta que lo convirtieron en una conejera sin mucha distinción. Se alzaba sobre una eminencia, en un hermoso parque de añosos robles; pero, ¡ay!, a poca distancia podía verse la chimenea de la mina de Tevershall, con sus nubes de vapor y de humo, y en la húmeda y brumosa lejanía de la colina, la tosca y dispersa silueta de Tevershall, un pueblo que empezaba casi en la verja del parque, y se esparcía en completa e irremediable fealdad a lo largo de una espantosa milla: casas, hileras de pequeñas, míseras y ennegrecidas casas de ladrillo con tejados de pizarra a modo de tapa, de ángulos afilados y una lobreteguz obstinada y sórdida.

Connie estaba acostumbrada a los montes escoceses y a las llanuras de Sussex: eso era su Inglaterra. Con el estoicismo de la juventud, echó una mirada a la completa, desalmada fealdad de la cuenca minera de las Midlands, y la tuvo por lo que era: increíble e indigna de que se pensara en ella. Desde las tristes ha-

bitaciones de Wragby se oía el tableteo de las cribas de la mina, el resoplido del montacargas, el traqueteo de las vagonetas y el silbido áspero de las locomotoras. La cuenca minera de Tevershall ardía, hacía años que ardía, y costaría miles de libras apagarla. De modo que tenía que arder. Y cuando el viento soplaba de allí, lo que ocurría a menudo, la casa se llenaba del hedor de esta combustión sulfurosa del excremento de la tierra. Pero incluso en los días de calma, el aire seguía oliendo a algo subterráneo: a azufre, a hierro, a carbón o a ácido. Y hasta en las rosas de navidad, el hollín se posaba persistente, increíble, como un maná de los cielos de la condenación.

¡Bueno, allí estaba: condenada como las demás cosas! Era espantoso, pero ¿para qué quejarse? Uno no podía librarse de la mina de una patada. Seguía funcionando. ¡Era la vida, como todo lo demás! En el bajo, oscuro techo de nubes, durante la noche, ardían y temblaban manchas rojas que se desparramaban, se hinchaban y se contraían como quemaduras dolorosas. Eran los hornos. Al principio fascinaron a Connie con una especie de horror; sentía que vivía bajo tierra. Luego se acostumbró. Y por las mañanas llovía.

Clifford decía que le gustaba Wragby más que Londres. Esta región estaba dotada de una voluntad inflexible, y la gente tenía arrestos. Connie se preguntaba si tenían algo más: desde luego, ojos y cerebro no. La gente era tan tosca, informe y lúgubre como el paisaje, y tan poco amistosa como él. Aunque había algo en el ronco acento de su dialecto, y en el tras-trás de sus claveteadas botas mineras sobre el asfalto cuando regresaban en grupos del trabajo, que resultaba terrible y un tanto misterioso.

No había habido recibimiento para el joven señor, ni celebraciones, ni comisiones, ni siquiera una simple flor. Sólo un frío recorrido por el oscuro, húmedo y sombrío paseo perforado entre árboles lúgubres, hasta el declive del parque donde pastaban unas ovejas grises y mojadas, y la loma donde la casa desplegaba su oscura fachada, allí esperaban el ama de llaves y su marido, vacilantes como arrendatarios inseguros sobre la faz de la tierra, dispuestos a tartamudear unas palabras de bienvenida.

No había ninguna comunicación entre la mansión Wragby y el pueblo de Tevershall. Nadie se tocaba la gorra, ni hacía un gesto de respeto. Los mineros se limitaban a mirar; los tenderos se quitaban la gorra ante Connie como ante una conocida, y saludaban a Clifford con un torpe movimiento de cabeza; eso era todo. Había un abismo insalvable y una especie de sordo resentimiento por ambas partes. Al principio Connie sufrió con la continua llovizna de resentimiento que provenía del pueblo. Luego se insensibilizó, y se convirtió en una especie de reto, algo que había que superar. No es que ella y Clifford fuesen impopulares, sino simplemente que pertenecían a una especie enteramente distinta de los mineros. Era un abismo insalvable, una brecha indescriptible, como tal vez no exista al sur del Trent. Pero en las Midlands y el norte industrial el abismo era infranqueable, sin posibilidad de que llegara a establecerse comunicación alguna a través de él. ¡Tú quédate en tu lado, que yo me quedaré en el mío! Extraña negación del pulso común de la humanidad.

No obstante, el pueblo tenía simpatía a Clifford y a Connie en abstracto. En lo vivo, era un ¡déjame en paz! por ambas partes.

El párroco era un hombre amable de unos sesenta años consciente de su deber, y personalmente reducido casi a la nulidad por el mudo ¡déjame en paz! de la gente del pueblo. Las mujeres de los mineros eran casi todas metodistas. Los mineros no eran nada. Pero aun así, el uniforme oficial del cura bastaba para ocultar enteramente el hecho de que era un hombre como cualquier otro. No, él era el señor Ashby, una especie de aparato automático para predicar y rezar.

El obstinado, instintivo «¡Nos consideramos tanto como usted, por muy lady Chatterley que sea!», confundió y desconcertó al principio a Connie. La rara, sospechosa y falsa amabilidad con que las esposas de los mineros acogían sus atenciones; el extrañamente ofensivo matiz del «¡Válgame Dios! ¡Qué importante soy, con lady Chatterley dirigiéndome la palabra! ¡Pero que no se crea ella por eso que es más que yo!», que siempre notaba como tiñendo las medio aduladoras palabras de las mujeres, era insufrible. No había forma de soportarlo. Era irremisible e injuriosamente contestatario.

Clifford no les hacía caso; y ella aprendió a hacer lo mismo: pasaba junto a ellas sin mirarlas, y ellas la miraban como si pasase una figura de cera. Cuando tenía que tratar con ellos, Clifford se mostraba un poco arrogante y desdeñoso; uno no podía permitirse ya tratarles amistosamente. De hecho, era arrogante y desdeñoso con cualquiera que no fuese de su propia clase. Se mantenía en su puesto sin hacer ningún intento de conciliación. Y la gente ni le quería ni le dejaba de querer: sencillamente, formaba parte de las cosas, como la mina y la propia mansion de Wragby.